

Capítulo 6

El Dios que premia la fidelidad

Daniel 6

El quinto capítulo de Daniel nos conecta directamente con los sucesos del capítulo 6. El capítulo 5 termina con la muerte de Belsasar y la caída de Babilonia ante los medos y los persas. “Esa misma noche fue muerto Belsasar, rey de los caldeos. Y Darío de Media tomó el reino” (Dan. 5:30, 31). Así que, Babilonia cayó. Nabopolasar, Nabucodonosor, Nabonido, Belsasar (los grandes reyes de Babilonia) fueron derrotados. Su reino se derrumbó en el polvo. Se convirtieron en recuerdos en el montón de cenizas de la historia. Entonces, Darío el Medo tomó el reino.

Resumamos lo que descubrimos en estos primeros capítulos del libro de Daniel. El capítulo 1 nos presenta al Dios que convierte la derrota en victoria. En el capítulo 2, él es el Dios que revela el futuro. En Daniel 3, es el Dios que libera a su pueblo. El capítulo 4 lo retrata como el Dios que gobierna sobre todo. Luego, en el capítulo 5, lo vemos como el Dios de justicia y juicio. Su amor no conoce límites, su misericordia es infinita, pero nuestras elecciones pueden endurecer nuestro corazón para que ya no seamos capaces de responder a su amor. Ahora, aquí en el capítulo 6, lo veremos como el Dios que nunca nos deja ni nos abandona. Él es el Dios que nunca cambia.

Daniel recibe autoridad en el nuevo reino

Cuando los medopersas se apoderaron del reino, tal como Dios había predicho que lo harían en el sueño que le dio a Nabucodonosor, Darío decidió reorganizar el gobierno.

A Darío le pareció bien nombrar a ciento veinte gobernadores que estuviesen en todo el reino. Y sobre ellos tres presidentes, de los cuales Daniel era uno, a quienes esos gobernadores diesen cuenta, para que el rey no recibiese daño. Pero Daniel se distinguió tanto entre esos gobernadores y presidentes por su espíritu superior, que el rey pensaba ponerlo sobre todo el reino (Dan. 6:1-3).

Observa lo que ha sucedido aquí. Babilonia ha caído, y Medopersia ahora gobierna el Medio Oriente. El nuevo rey, Darío el Medo, nombra al primer ministro de Babilonia, para ser uno de sus funcionarios de confianza. Incorporó a Daniel a su gobierno y lo puso a cargo de todos los demás funcionarios, ¡solo superado por el mismo Darío! ¡Eso es absolutamente increíble! En la mayoría de los países, incluso hoy, cuando entra una nueva administración, arrasa con la anterior y pone a su propio pueblo en posiciones de poder. Lo que hizo Darío sería como que China derrocara a los Estados Unidos y luego convirtiera al vicepresidente estadounidense en el segundo oficial más poderoso del Gobierno chino, o viceversa. Simplemente, no sucede de esa manera. Se vuelve aún más increíble cuando recordamos la edad de Daniel a esta altura. Daniel ha pasado unas seis décadas en Babilonia. Tiene unos ochenta años.

Claramente, Darío vio algo especial en Daniel. A lo largo de su carrera en Babilonia, Daniel había sido un hombre íntegro. Un hombre honesto. Un hombre que cumplió fielmente sus responsabilidades, tanto en relación con el reino como hacia su Dios. El rey podía confiar en la palabra de Daniel. Darío sabía que Daniel lo serviría tan fielmente como había servido a los reyes de Babilonia.

El mundo de hoy necesita más personas como Daniel. Incluso en este mundo materialista, loco de placer y despiadado, hay quienes admiran la integridad, la autenticidad, la transparencia y la honestidad. Tal vez recuerdes la historia de la antigua Grecia acerca de Diógenes y su linterna. El filósofo Diógenes caminaba por las calles de Atenas por la noche llevando una linterna. Se acercaba a la gente y sostenía la linterna junto a su rostro:

—¿Qué estás haciendo? —le preguntaban.

Y Diógenes respondía:

—Estoy buscando a un hombre honesto.

Estaba tratando de llamar la atención sobre este asunto.

Hoy, Dios está buscando a personas como Daniel. Está buscando hombres y mujeres que dispongan en su corazón servirlo. Dios busca hoy hombres y mujeres íntegros. Darío encontró a un hombre así en Daniel; por eso puso a Daniel como segundo al mando del Imperio Medopersa. Fue un movimiento meditado por parte del nuevo rey. Sin embargo, como pueden imaginar, ¡no les sentó bien a aquellos a quienes Darío había pasado por alto para elevar al “extranjero”, Daniel!

La envidia hacia Daniel se convierte en un problema significativo

La Biblia dice que Darío estableció ciento veinte “sátrapas”, o gobernadores, sobre el reino. Y sobre estos gobernadores puso tres presidentes, de los cuales Daniel era la cabeza. Todos los gobernadores respondían ante los tres presidentes, y dos de los presidentes respondían a Daniel, presidente principal. Daniel solo respondía directamente ante Darío, el rey. No tomó mucho

tiempo para que los celos llenaran la mente de los dos presidentes y los ciento veinte gobernadores. No tomó mucho tiempo para que la envidia consumiera sus pensamientos. Se vieron amenazados por el carácter destacado de Daniel y su reputación intachable. Es posible que tuvieran pensamientos como este: “¿Quién se cree que es este Daniel? Es una reliquia de los babilonios. Y ni siquiera es un verdadero babilonio; es un prisionero judío. ¿Cómo podemos confiar en él ahora? ¿Qué le hace pensar a Darío que Daniel será leal a Medopersia? ¿Qué derecho tiene Daniel para gobernarnos?” Sin duda, estas fueron algunas de las objeciones que plantearon. Cuanto más lo pensaban, más enojados, celosos y envidiosos estaban de Daniel. El odio llenó el corazón de ellos. “Entonces los presidentes y gobernadores buscaron ocasión contra Daniel en algún asunto del reino; pero no pudieron hallar ninguna ocasión o falta, porque él era fiel y ningún vicio ni falta había en él” (vers. 4).

Buscaron en vano para encontrar algo que pudieran reportar a Darío. Trataron de encontrar algo, cualquier cosa, por lo que pudieran condenarlo. Buscaban alguna falta, algún error, o algún indicio de deslealtad. Intentaron encontrar algo que pudieran señalar en Daniel. ¡Debe tener algunos esqueletos en algún lugar de su armario! Si hubieran existido computadoras en esos días, habrían intentado *hackear* su correo electrónico. Si hubiera habido teléfonos celulares en esos días, habrían puesto micrófonos en su teléfono. Sin duda, husmearon en su oficina y revisaron las cuentas reales, tratando de encontrar evidencia de irregularidades por parte de Daniel. Revisaron todo lo que podían chequear. Escudriñaron la vida oficial de Daniel, y no pudieron encontrar una sola cosa de la que pudieran acusarlo.

¿Y si alguien revisara tu vida privada tan intensamente? ¿Y si revisaran la mía? ¿Qué pasaría si examinaran cuidadosamente el

tipo de libros y revistas que lees, el tipo de programas de televisión que ves, el tipo de películas que ves, las palabras que expresas, la navegación que haces en Internet y las cosas que haces cuando nadie está mirando? ¿Qué encontrarían? Eso es lo que estos funcionarios celosos le hicieron a Daniel, y descubrieron que Daniel no tenía nada que ocultar.

Es algo maravilloso cuando no tienes nada que esconder. Hay una paz maravillosa cuando puedes ir a la cama por la noche y saber que no hay nada a lo que puedas temer, nada que otros no puedan descubrir en ti ni con lo que acusarte. Hay una paz que acompaña a una vida como esa.

El complot contra la vida de Daniel

No pudieron encontrar nada malo en la conducta oficial de Daniel. “Entonces dijeron esos hombres: ‘No hallaremos contra Daniel ocasión alguna si no la procuramos en la ley de su Dios’ ” (vers. 5).

Si alguien te condena por tu obediencia y lealtad a Dios, que así sea. Si alguien te condena porque eres una persona moral de principios, que así sea. Usa esa crítica como una insignia de honor.

Entonces esos gobernadores y presidentes se juntaron ante el rey y le dijeron: “Rey Darío, para siempre vive. Todos los presidentes del reino, magistrados, gobernadores, grandes y capitanes han acordado que promulgues un edicto real, y lo confirmes, mandando que cualquiera que en el espacio de treinta días dirija algún pedido a cualquier dios u hombre fuera de ti sea echado en el foso de

los leones. Ahora, confirma el edicto y
fírmalo, para que no se pueda cambiar,
conforme a la ley de Media y de Persia, que
es irrevocable” (vers. 6–8).

Inmediatamente, reconocemos que lo que le dijeron al rey fue una mentira descarada. ¿Por qué? Nota cuidadosamente lo que dijeron: “Todos los gobernadores del reino han acordado en proponer este decreto”. Afirmaron que *todos* los gobernadores habían acordado que no se orase a nadie más que al rey durante treinta días. El primer presidente ¿estuvo de acuerdo con esto? ¿Habían consultado con Daniel y obtenido su apoyo para esta ley? ¡Claro que no! Habían tramado este plan para atrapar a Daniel. Por supuesto, él no lo sabía y no había sido consultado.

¿Por qué Darío no consultó con su jefe de Gobierno antes de firmar el decreto? No lo sabemos. Quizá la vanidad haya sido una de las razones. Tal vez le haya gustado la idea de ser el único que recibiría oraciones durante treinta días. Cualquiera que haya sido su razón, Darío siguió adelante sin ninguna pregunta. Firmó la ley, como sus funcionarios sugirieron (vers. 9).

Observa lo que está sucediendo aquí. Los funcionarios estaban celosos de Daniel. Sus celos llevaron a la mentira, y sus mentiras llevaron a la voluntad de matar a un hombre inocente. Así es como funciona el pecado. El pecado acariciado nunca se vuelve menos poderoso en la vida; siempre se vuelve más poderoso. Los drogadictos describen la adicción a la cocaína como “el mono en tus espaldas”. El mono comienza siendo pequeño, pero luego crece hasta convertirse en un gorila maduro. Si hay un mono en tu espalda, puede parecer lindo al principio, pero si lo alimentas, el mono se convertirá en un gorila y, finalmente te aplastará. Comienza poco a poco. No parece gran cosa. Pero crece y crece, y crece hasta que te mata. El pecado es así. Si dejamos

que permanezca en nuestra vida, nunca se hace más pequeño; siempre se hace más grande. Una vez que comiences a complacer consciente y voluntariamente el pecado en tu mente, solo crecerá a medida que pasen los años, hasta que aplaste tu vida. Para estos funcionarios medopersas, los celos llevaron a la envidia, la envidia llevó a la mentira, y la mentira llevó a la esperanza de asesinar a su rival.

Le dejaron claro a Darío, antes de que firmara, que el decreto no podía ser revocado o anulado. En Medopersia, cuando se ponía en vigencia una ley, ni siquiera el rey tenía poder de veto sobre ella. Una vez firmada, todos tenían que obedecerla. El decreto quedaba vigente. No se podía alterar, cambiar o retraer. Darío sabía esto, y él firmó voluntariamente lo que pusieron delante de él.

Daniel permanece fiel a Dios

Estoy seguro de que los funcionarios no perdieron tiempo en publicar la ley y asegurarse de que todo el mundo lo supiera. Estoy seguro de que Daniel, cuando se enteró de la ley, sabía exactamente quién y qué había detrás de ella. Pero ¿cómo reaccionó?

“Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado, entró en su casa, donde tenía las ventanas de su cámara alta abiertas hacia Jerusalén. Y como solía hacerlo antes, tres veces al día se arrodillaba, y oraba y daba gracias a Dios” (vers. 10).

Daniel no trató de ocultar su desobediencia a la nueva ley. Oró en su habitación, con las ventanas abiertas hacia Jerusalén. No le preocupaba que los funcionarios del rey lo vieran. No se preocupó por la pena que le correspondería al desobedecer el decreto real. Ciertamente, no estaba diciendo: “Arréstame, si

puedes, soy el segundo hombre más poderoso del reino. Estoy por encima de la ley, y te mostraré que soy más poderoso que tú”.

Algunas personas podrían ver las acciones de Daniel de esa manera, excepto que el versículo dice que oró en su habitación frente a las ventanas abiertas “*como solía hacerlo antes*”. Lo que Daniel estaba haciendo no era nada nuevo. Era lo que siempre hacía. Era su costumbre orar tres veces al día con las ventanas abiertas hacia Jerusalén, la ciudad de su juventud, la ciudad donde se encontraba el templo de su Dios. Daniel no actuó desafiante a propósito. Estaba permaneciendo fiel a su Dios.

Daniel sabía que donde no hay oración no hay poder. Daniel no permitiría que su relación con Darío interfiriera con su lealtad a Dios. Dios había estado con él durante sesenta años en Babilonia. Dios lo había fortalecido cuando era solo un adolescente y propuso en su corazón ser fiel a Dios. Dios le había dado sabiduría, conocimiento y habilidad para interpretar el sueño del rey. Dios había librado a Sadrac, Mesac y Abed-nego del horno de fuego. Dios le había permitido mantener unido al Imperio Babilónico por siete años, durante el tiempo en que Nabucodonosor perdió la cabeza y se comportó como un animal. Dios le había mostrado el significado de las palabras escritas en la pared del palacio de Belsasar. Dios le había dado el puesto de primer presidente en el Imperio Medopersa.

Daniel sabía que Dios había estado con él, y que iba a seguir estando con él. No iba a ceder a los mandamientos de un rey pagano cuando estos entraran en colisión con su lealtad a Dios. Daniel sabía que Dios era la fuente de su fuerza y que la oración era su conexión con Dios. Para Daniel, la oración no era una mera formalidad. No era un ritual sin sentido. Era una experiencia viviente con el Rey del Universo. En oración, Daniel abrió su corazón a Dios y se comunicó con él como un amigo. La

oración no era una fórmula memorizada para recitar sin pensar demasiado en ella. Para Daniel, la oración era el aliento mismo de su alma, la conexión vital entre él y Dios. Así que, Daniel no iba a dejar de orar solo porque estos funcionarios celosos estaban buscando alguna manera de destruirlo.

Nota algo más con respecto a este decreto. ¿Qué dice sobre cómo los enemigos de Daniel lo veían a él? ¿Dice que sabían que desobedecería el decreto! ¿Por qué se tomarían la molestia de convencer a Darío de firmar la ley si pensaran que Daniel simplemente dejaría de orar a Dios por treinta días? El decreto mismo nos dice que sabían que Daniel permanecería fiel a su Dios, que seguiría orando como siempre lo había hecho. Tan pronto como sus enemigos vieron a Daniel orando, se apresuraron a contarle al rey lo antes posible que Daniel estaba desobedeciendo la nueva ley. Sabían que Darío tenía a Daniel en alta estima. Estoy seguro de que estaban encantados de informar que él estaba haciendo caso omiso de la ley que Darío había firmado.

El tema de la adoración en los últimos días

Ahora, hay algunas cuestiones muy importantes involucradas en este decreto. Considerémoslo con cuidado. El corazón del decreto se refiere al conflicto entre la lealtad a Dios y la lealtad al rey, entre la Ley de Dios y la ley de los seres humanos. El primero de los Diez Mandamientos de Dios dice: “No tendrás otros dioses fuera de mí” (Éxo. 20:3). Es bastante claro. La ley que Darío firmó declaraba: “No adoren a nadie más que al rey”. Es claro que la Ley de Dios y la ley de los hombres estaban en conflicto directo.

Al atardecer de su vida, Daniel enfrentó un conflicto por la adoración. ¿A quién adoras? ¿Adoras a Dios o al hombre? ¿Cómo

adoras? ¿Adoras siguiendo los mandamientos de Dios o el decreto del rey? ¿Cuándo adoras? ¿Retirarás tu adoración a Dios por treinta días? Cerca del final de la vida de Daniel, tuvo que enfrentar todas estas preguntas sobre lealtad y la adoración.

Al final de los tiempos, estos temas ocuparán otra vez el centro del escenario para todos en la Tierra. Vendrá una prueba que llamará a los hombres y las mujeres a adorar a su Creador. En las últimas horas de la historia de la Tierra, el tema, una vez más, se centrará en la adoración, la lealtad y la obediencia. En el libro de Apocalipsis, el apóstol Juan escribe:

Entonces vi otro ángel que volaba por el cielo con el evangelio eterno para predicarlo a los que habitan en la tierra, a toda nación y tribu, lengua y pueblo. Decía a gran voz: “¡Temán a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio! Y adoren al que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas” (Apoc. 14:6, 7).

El mensaje de este ángel es universal. Atraviesa fronteras geográficas, alcanza a todos los países del mundo y penetra en todos los grupos lingüísticos. Es un llamado a “temer” a Dios; es decir, a reverenciarlo y respetarlo. Esto no significa que debemos tenerle miedo a Dios. Debemos reverenciarlo y darle gloria. Glorificamos a Dios al seguirlo fielmente y obedecer sus mandamientos. Lo reverenciamos y obedecemos porque él es el Creador. Nos da la vida. Él hizo nuestro mundo y todo lo que hay en él. He aquí un llamado a adorar al Creador, a entregar nuestra lealtad a aquel que nos hizo. Ese es el mensaje de este primer ángel que Juan vio en la visión. Pero también vio un tercer ángel.

“Y un tercer ángel los siguió diciendo a gran voz: ‘Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe su marca en su frente o en su mano, este también beberá del vino de la ira de Dios’ ” (vers. 9, 10).

Tendremos más que decir acerca de estos ángeles y sus mensajes cuando exploremos el libro de Apocalipsis. Pero está claro, a partir de estos dos versículos, que va a haber un conflicto en los últimos días relacionado con la adoración. El versículo 6 dice: “Adora al Creador”. El versículo 9 dice: “No adoren a la bestia ni a su imagen”. Y el versículo 12 nos dice cómo evitar adorar a la bestia. “¡Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús!” Aquellos que no adoran a la bestia tienen fe en Jesús y la fe de Jesús, y eso los lleva a obedecer todos los mandamientos de Dios.

En los últimos días, una autoridad humana unirá la Iglesia y el Estado, y aprobará un decreto que prohíbe la adoración genuina al Creador. Daniel 3 y Daniel 6 son experiencias paralelas. En Daniel 3, un poderoso líder mundial aprobó un decreto por el que, si alguien no se inclinaba y adoraba la imagen que el líder había hecho, esa persona sería arrojada a un horno de fuego. Sadrac, Mesac y Abed-nego eran leales y fieles a Dios. Con el poder de Dios, permanecieron obedientes a los mandamientos del Cielo mientras la nación babilónica se inclinaba ante la imagen de oro. En Daniel 6, al final de la vida de Daniel, Darío aprobó el decreto por el que, a menos que una persona lo adorara de la manera prescrita y aprobada, esa persona sería condenada a muerte en una cueva de leones. Según el libro de Apocalipsis, habrá un decreto similar en los últimos días. Una vez más, aquellos que sean leales a Dios serán amenazados de muerte. Una vez más, el asunto girará alrededor de la adoración, la lealtad y la obediencia.

¿Qué haremos cuando nos enfrentemos a la crisis de los últimos días? ¿Nos mantendremos firmes como Daniel y sus tres amigos? Si no podemos defender a Dios hoy en un tiempo de libertad, ¿cómo lo haremos cuando todo el poder combinado de la unión entre Iglesia y Estado se vuelque contra nosotros, ordenándonos bajo pena de muerte obedecer estos poderes humanos y desobedecer a Dios? ¿Crees que Daniel se preparó para esta crisis en los momentos siguientes al decreto que firmó Darío? ¿O fue capaz de mantenerse firme de parte de Dios porque había estado tomando decisiones a lo largo del camino para servir a Dios sin importar el costo? Si en aquellos primeros días como cautivo en Babilonia Daniel no se hubiera propuesto en su corazón no contaminarse con la comida y la bebida del rey, nunca habría podido, cerca del final de su vida, continuar orando a Dios tres veces al día, a pesar del decreto del rey.

Darío intenta salvar a Daniel

Tan pronto como los funcionarios informaron a Darío que Daniel estaba desobedeciendo su decreto, el rey se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Vio que había sido engañado para poner en marcha su celoso complot contra su enemigo. “Cuando el rey oyó esto, le pesó en gran manera y procuró librar a Daniel. Hasta la puesta del sol trabajó para librarlo” (Dan. 6:14). Pero, por mucho que lo intentara, no había salida. Los funcionarios le recordaron que ni siquiera el rey podía anular un decreto debidamente firmado. Darío, a regañadientes, dio la orden de arrojar a Daniel al foso de los leones hambrientos. Pero, antes de hacerlo, el rey hizo una declaración sorprendente. Él le dijo a Daniel: “Tu Dios, a quien tú continuamente sirves, te libre” (vers. 16).

¿Cómo podría Darío estar tan seguro de que Dios liberaría a Daniel? Solo podía ser porque, en el corto tiempo en que su vida

se había cruzado con este anciano profeta, Daniel había sido capaz de testificar al rey tanto con palabras como con su vida sobre el Dios al que servía. Darío debió haber visto a Dios en la vida de Daniel. Debió haber escuchado todo lo que Daniel le había contado acerca del Dios del Cielo. Él tenía fe en que Daniel era inocente de cualquier maldad. Y tenía suficiente fe en el Dios de Daniel para creer que él lo salvaría de ser comido por los leones. Qué declaración tan tremenda sobre el testimonio fiel de Daniel.

Luego, arrojaron a Daniel al foso con los leones hambrientos. Cerraron la boca del foso con una piedra grande y la sellaron usando el anillo de sello del rey y los anillos de sello de sus funcionarios. Los enemigos de Daniel no querían arriesgarse a que alguien pudiera tratar de mover la piedra y salvar la vida de Daniel.

Paz versus no paz

“Luego el rey volvió a su palacio y se acostó en ayunas; no trajeron instrumentos de música ante él, y se le fue el sueño” (vers. 18). Darío sabía que lo que había hecho estaba mal. Su estómago estaba hecho un nudo. No podía comer. No podía dormir. Dio vueltas y vueltas toda la noche. “*¿Daniel está muerto? ¿Habrá salvado su Dios su vida?*” Su mente giraba en círculos. Pensamientos de culpa se arremolinaban en su cabeza y lo atormentaban.

Mientras el rey pasaba la noche en un magnífico palacio con todo el esplendor y la opulencia de Babilonia, Daniel la pasaba en la guarida de leones sucia y maloliente. ¿Crees que Daniel durmió esa noche? No lo sabemos. ¿Tal vez se haya ido a dormir con la cabeza apoyada sobre un león por almohada! Tal vez se haya quedado despierto toda la noche orando. Tal vez haya

dormido un rato y se haya quedado despierto otro rato. No lo sabemos. Pero sí conocemos esta promesa: “Tú guardas en completa paz al que persevera pensando en ti, porque en ti confía” (Isa. 26:3). Daniel confiaba en Dios; su mente estaba enfocada en él. Así que, pasó esa noche en la guarida del león en perfecta paz.

El Señor nos dice: “La paz les dejo. Mi paz les doy. No se la doy como el mundo la da. No se turbe su corazón ni tenga miedo” (Juan 14:27). La paz no viene de afuera. La paz no proviene de tener una cuenta bancaria grande o amigos ricos e influyentes. La paz viene del interior. Viene de conocer a Dios y confiar en él. Daniel tenía una paz perfecta, aun dentro de esa guarida de leones apestosa y sucia, porque sabía que las cosas estaban bien entre él y Dios. Darío, por otro lado, pasó la noche en su hermoso palacio, pero no tenía paz en absoluto, porque sabía que lo que había hecho estaba mal. La paz no depende de las circunstancias; la paz depende de conocer y seguir a Dios.

Dios cierra la boca de los leones

El rey, por tanto, se levantó muy de mañana y fue aprisa al foso de los leones.

Y acercándose al foso llamó a gritos a Daniel con voz triste: “¡Daniel, siervo del Dios viviente! Tu Dios, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones?”

Entonces Daniel respondió: “Rey, para siempre vive. Mi Dios envió su ángel, que cerró la boca de los leones para que no me hiciesen ningún daño” (Dan. 6:19, 20).

Dios es un domador de leones. Cuando los leones de la tentación, la ira, la lujuria y el desaliento rugen en tu vida, Dios puede cerrar su boca para que no puedan lastimarte. “Entonces el rey se alegró en gran manera y mandó sacar a Daniel del foso. Y cuando lo sacaron no hallaron ninguna lesión en él, porque había confiado en su Dios” (vers. 23).

Dios todavía cierra la boca de los leones. Él lo hizo por Daniel, y puede hacerlo por ti. Los acusadores de Daniel no fueron tan afortunados. Darío los hizo arrojar al foso en el que Daniel había pasado la noche. La Biblia dice que “aún antes de llegar al suelo del foso, los leones se apoderaron de ellos y quebraron sus huesos” (vers. 24). Un final triste. Pero ilustra los resultados del pecado. El diablo, como un león rugiente, anda buscando a quien devorar (1 Ped. 5:8). Aquellos que, como los acusadores de Daniel, se han colocado fuera de la protección de Dios, no tienen escudo contra los esfuerzos de Satanás para destruirlos. Pero Dios puede cerrar la boca del diablo en favor de aquellos que han puesto su confianza en él. Qué esperanza, qué gloriosa seguridad: Dios es confiable por siempre. Él nunca nos dejará ni nos abandonará. Dondequiera que nuestras circunstancias nos encuentren, en la enfermedad o en la salud, en la pobreza o en la riqueza, solos o rodeados de amigos, en el dolor o en la alegría, Dios está allí. Él es el Dios que cuida, el Dios que escucha, el Dios que fortalece, el Dios que llena nuestro corazón de esperanza y nos da la capacidad de manejar cualquier cosa que el diablo nos arroje. Él es el Señor siempre presente y todopoderoso, y eso es algo para regocijarse.